



LOS CHICOS DE MI JUVENTUD

JO ANN BEARD



MUÑECA INFINITA

Los chicos de mi juventud

Jo Ann Beard

Traducción de Raquel Vicedo



MUÑECA INFINITA

Título original: *The Boys of My Youth*

© Little, Brown and Company (Hachette Book Group, Inc.), 1998
Por acuerdo con A.C.E.R. Agencia Literaria

© del texto: Jo Ann Beard, 1998

«Coyotes» fue publicado por primera vez en *Story*; «Ahí fuera» y «La espera», en *Iowa Woman*; «Bonanza», en *The Iowa Review*; «Primas», en *Prairie Schooner*, y «El cuarto estado de la materia», en *The New Yorker*.

La autora está agradecida por el permiso para incluir el siguiente material: extractos de *Over My Head*, de Christine McVie, © 1977 de Fleetwood Mac Music (BMI), reimpresso con el permiso de NEM Entertainment; extractos de *Good Hearted Woman*, de Willie Nelson and Waylon Jennings, © 1971 de Full Nelson Music, Inc. y Songs of Polygram International, Inc. Todos los derechos en nombre de Full Nelson Music, Inc. administrados por Windswept Pacific Entertainment Co. d/b/a Longitude Music Co., reimpresso con el permiso de Full Nelson Music, Inc. y Songs of Polygram International, Inc.

© de la fotografía de cubierta: Rebeca Rodríguez

Primera edición en Muñeca Infinita: marzo de 2022

© Muñeca Rusa Editorial, S. L. U., 2022

Calle del Barco, 40, 3.º D ext.

28004 Madrid

editorial@munecainfinita.com

www.munecainfinita.com

© de la traducción: Raquel Vicedo, 2022

Diseño de colección y cubierta: Juan Pablo Cambariere

Maquetación: Carmen Itamad

Edición y corrección: Esther Aizpuru

ISBN: 978-84-123937-2-9

eISBN: 978-84-123937-8-1

Código BIC: FA

Impresión: Kadmos

Depósito legal: M-3162-2022

Impreso en España

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

Prefacio

En la corriente

Bonanza

Primas

Detrás de la mosquitera

Coyotes

A contraveta

El cuarto estado de la materia

Intimidación parental

La hora familiar

La espera

Ahí fuera

Los chicos de mi juventud

AGRADECIMIENTOS

Para Brad y Linda

Prefacio

Aquí va un recuerdo de cuando todavía no sabía hablar: soy muy pequeña y estoy detrás de unos barrotes, como un mono bebé en una jaula. Mis padres acaban de acostarme en una habitación con las paredes de color amarillo chillón. Me parece bien, porque en la cuna tengo compañía: el borde de satén de mi manta azul, un anillo de plástico para morder que cuelga casi al nivel de mi boca de un pedazo de cordón verde y un muñeco llamado Hal con los ojos azules y las manos y los pies de plástico que se pueden chupar. En este momento de mi vida, Hal y los bordes de satén de las mantas me importan más que ningún ser humano que conozca. En cuanto me tumbo, mi madre me pone a Hal al lado de la cabeza, que es justo donde no quiero que esté. Le doy un manotazo al muñeco en la cara.

—¿Es que quieres hacerle daño a Hal? —pregunta mi madre con tristeza—. Creía que era tu *amigo*.

Hal y yo tenemos un acuerdo: se supone que no debe acercarse a mi almohada; si quiero verlo, seré yo quien vaya hasta su lado de la cuna. En cuanto mi madre apaga la luz, se enciende una lámpara quitamiedos, algo nuevo que no había visto antes. La puerta se cierra.

Veo la lámpara quitamiedos a través de los barrotes de la cuna. Es una representación muy llamativa de María, José y Jesús, aunque entonces no lo sé. Jesús es más o menos de

mi edad, pero tiene un aire perverso, y su madre y padre van vestidos con abrigos largos y no llevan zapatos. Los tres me miran raro. Me pongo a llorar sin quitarles los ojos de encima.

La puerta se abre y justo cuando la luz se enciende, la lámpara quitamiedos se apaga. Dejo de llorar y me siento con Hal a mi lado mientras mi madre me mira. Vuelve a taparme con la manta y se va. La luz se apaga, la lámpara quitamiedos se enciende. Más lágrimas. Esta vez es mi padre quien entra y me coge en brazos, da una vuelta en círculo a la habitación, vuelve a meterme en la cuna con Hal y se va. Cuando la luz se apaga y Jesús vuelve a aparecer, empiezo a llorar otra vez. Esta vez entran los dos a mirarme. Mi madre fuma un cigarrillo.

—Ni idea —le dice a mi padre.

Tres veces más y se rinden. Me dejan llorando a moco tendido y así me paso un buen rato, hasta que me doy la vuelta para buscar el biberón de agua con el que han intentado sobornarme. En cuanto me giro, la lámpara quitamiedos desaparece como por arte de magia. El agua está calentita, como a mí me gusta, y la cara de Hal descansa contra la planta de mis pies. Dejo el biberón, me enrolló el borde de satén de la manta azul en el pulgar, me meto el dedo en la boca, cierro los ojos y no vuelvo a abrirlos en toda la noche.

Cuando crecí, quise verificar este recuerdo en particular con mi madre. Le pregunté si se acordaba de una noche en la que yo no paraba de llorar y nada me consolaba, y ellos no dejaban de entrar y salir y nada de lo que hacían surtía efecto.

—No recuerdo ninguna noche que *no* fuera así —dijo fumando el mismo cigarrillo que llevaba fumando treinta años.

Vale. Aquí va un recuerdo reciente, de hace dos noches. Iba en coche por una autopista azul oscuro del norte del estado de Nueva York, sin ningún destino concreto. Estaba nublado, el aire era fresco y primaveral, el salpicadero brillaba en la oscuridad como el cuadro de mandos de una nave espacial. Música de piano en el radiocasete, un tío estupendo al volante. Pensé para mí, y no por primera vez en mi vida: «Todo es perfecto; todas esas cosas que siempre pienso que van tan mal en realidad no van mal en absoluto». Entonces miré por la ventanilla y las nubes se abrieron, de repente se veía el cielo nocturno, y la luna — un disco amarillo chillón recortado contra una pared oscura — parecía mirarme raro.

En la corriente

Vacaciones en familia. Calor, moscas, arena y polvo. Mi madre barre y se queja, mi padre ceba anzuelos y desenreda sedales sin parar. Mi hermano pequeño se ha traído a su amigo imaginario, Charcoal, y mi hermana mayor a una *majorette* real llamada Nan. Mi hermano practica una y otra vez los movimientos de sus ídolos de la lucha libre con el pobre Charcoal. «¡Le he hecho un candado de piernas!», grita desde el suelo, apoyado en un codo, con las piernas entrelazadas. Mi hermana y Nan se ponen base de maquillaje en las piernas, se pintan los labios de blanco y hablan de mí en francés. Un río fluye frente a nuestra cabaña, del color del bourbon, espumoso en las orillas y lleno de serpientes de agua y peces condenados. Tengo diez años. No hay nada que hacer salvo sentarse en el muelle y leer, beber Pepsi aguada y entornar los ojos. El baño está prohibido.

Una tarde veo a tres adolescentes que se quedan atrapados en la corriente. El agua los arrastra río abajo, vocean y gorgotean mientras yo los miro desde la orilla, tengo prohibido meterme en el agua. Agitan los brazos.

Estoy muerta de vergüenza, porque los adolescentes me gritan a mí. En menos de cinco segundos, los hombres se quitan los zapatos y se zambullen desde el muelle; mi padre consigue agarrar a una chica y vuelve nadando con ella.

Con la melena negra pegada al cuello, vomita en el barro unas ocho veces antes de que la lleven a dondequiera que viva. Un chico está inconsciente cuando lo sacan a rastras y un tipo lo golpea en el pecho hasta que de la boca y la nariz brota un débil chorro de agua. Acaba marchándose por su propio pie, pero está llorando. El tercer adolescente alcanza la orilla a cierta distancia y llega caminando quince minutos más tarde, con un adulto a cada lado y una toalla alrededor de la cintura. Tiene la piel como blandibulú.

«Bua, tío —dice cuando me ve—. ¡La he visto pasar por lo menos a ciento cincuenta kilómetros por hora!». Se para y me señala. Yo estoy ahí, muerta de vergüenza porque un adolescente se haya fijado en mí. Espero que los pantalones cortos no me hagan bolsas. Me meto una mano en el bolsillo y me inclino un poco hacia un lado. «¡Tío, he pensado que eso sería lo último que vería!», exclama meneando la cabeza.

La chica llevaba un bikini con aros. Con un gesto despreocupado, cruzo los brazos sobre el pecho y sonrío al chico. Él sigue caminando sin dejar de hablar, los adultos lo sujetan e intercambian miraditas por encima de su cabeza. Las piernas le tiemblan como un flan. «Bua, tío, he pensado, tío, ¡esa flacucha de ahí va a ser lo último que vea *en mi vida!*», exclama.

Bajo la vista. Los pantalones me hacen bolsas.

Bonanza

Mi abuela se casó con un tipo llamado Ralph aproximadamente un año y medio después de que Pokey, mi verdadero abuelo, muriera de un derrame cerebral en el piso de arriba de la casa del tío Rex. En la boda de la abuela y Ralph un hombre cantó en plan ópera, y eso pilló a los niños por sorpresa y provocó un alboroto entre los nietos, que no se estaban quietos ni a tiros. Después hubo tarta blanca con glaseado blanco en el sótano de la iglesia, y unos boles con cacahuetes. Mi madre y mis tías estaban bastante molestas por que la abuela se casara con Ralph cuando apenas hacía un año que había muerto su padre. Se sentaron en grupitos en el sótano de la iglesia, unas cuantas aquí, unas cuantas allá, y se comieron la tarta mientras se echaban miraditas y meneaban la cabeza en plan agorero. Mi abuela, una buena mujer, estaba por encima de cualquier reproche. Así que toda la culpa era de Ralph.

De luna de miel la llevó a Florida, un lugar en el que nadie de la familia había estado nunca. Allí había un océano. Se pasaban día y noche caminando por la playa, y la abuela volvió con muchas conchas. Las dividió en partes iguales y las metió en unas cajas de puros que después les regaló a cada uno de sus treinta y cinco nietos. Las cajas de puros estaban pintadas de blanco mate y en la tapa tenían

pegadas unas imágenes que había recortado de tarjetas de felicitación: un cordero, un gatito de ojos enormes, un ramo de flores. En ese viaje a Florida, siempre imagino a mi abuela caminando por la orilla llena de espuma, recogiendo estrellas de mar muertas, y a Ralph sentado en silencio en una silla de playa, sin sonreírle a nadie.

Cada vez que bajábamos a Knoxville a visitarla estábamos pletóricos, y en cuanto nos zampábamos la comida, nos bebíamos el té helado y admirábamos las nuevas alfombras hechas con retales, ya estábamos otra vez apretujados en el coche para el viaje de una hora de vuelta a casa. Ralph gruñía todo el rato y no nos pasaba ni una, nos apuntaba a todos con sus dedazos mientras hablaba. En cuanto dejábamos atrás el acceso a la casa, mi madre miraba a mi padre y decía: «Puto viejo de mierda, es que lo *mataría*».

Justo cuando aprendí a silbar, me fui a pasar una semana con la abuela y Ralph. Silbaba todo el tiempo, con una entrega y una concentración totales. Cuando me hacían una pregunta, respondía silbando; acompañaba a la gente con mis silbidos mientras hablaban; silbaba mientras estudiaba; silbaba mientras jugaba. Al final, pusieron la norma de que estaba prohibido silbar dentro de casa. Me sentía desposeída, no sabía qué hacer con los labios si no podía silbar. Soplaba suave, sin emitir ningún sonido, mientras ayudaba a mi abuela a preparar la cena. Ella debía de sentir lástima por mí, porque un día me dijo, dulcemente: «Cariño, *puedes* silbar fuera». Pero eso no me consoló. Parte del placer de silbar estaba en saber que podía hacerlo cuando quisiera, porque llevaba el equipo necesario en la cara. Si no podía silbar *en cualquier momento*, qué gracia tenía silbar fuera. Estaba deseando volver a casa, donde nadie podría obligarme a hacer nada.

Tanto la abuela como Ralph trabajaban, así que cuando me quedaba con ellos tenía un montón de tiempo para mí. La abuela cuidaba a personas mayores, algunas de las cuales eran más jóvenes que ella, gente enferma y discapacitada que necesitaba compañía y ayuda con lo básico: cocinar, charlar. Era voluntaria. Ralph era matarife y esquilador. Conducía una furgoneta hasta las granjas y mataba el ganado. Con sus ojos de cuarzo, el rostro moreno tensado en una sonrisa enigmática y la calva brillante bajo el sol, dirigía el filo de un cuchillo de treinta centímetros a las gargantas peludas e incautas. Después usaba una manguera de jardín para limpiar la parte de atrás de su camioneta. Paredes y suelo blancos, charcos y salpicaduras de un rojo brillante. Lo vi una vez, sin saber lo que estaba viendo. Recuerdo haber pensado: «Eso parece *sangre*». Nunca se me ocurrió que *fuera* sangre. Después de esquiladas, las ovejas se quedaban atontadas, en grupos, con los costados palpitantes, la piel rosada y expuesta llena de trasquilones y cortes largos. La lana apestaba y se acumulaba en montones por todas partes, gris y sucia. Ralph me llevaba con él en sus escabechinas, me mandaba a jugar con perfectos desconocidos, niños del campo, mientras él se metía en faena con su cuchillo largo y su ruidosa esquiladora. Yo tenía fama de ser sensible al drama de los animales de granja y de los conejos que morían atropellados en la carretera, pero me negaba rotundamente a reconocer lo que ocurría en aquellas visitas. Nunca me di cuenta de lo que pasaba a mi alrededor, aunque estuviera escrito en sangre.

A veces también iba con mi abuela. Una vez vi a una mujer que dormía en una cuna, acurrucada como una niña de cuatro años; era diminuta. Me miraba a través de los barrotes con unos ojos azules e inexpresivos. Entre mi abuela y el marido le dieron la vuelta. El salón olía a pis y a

algo más. En el maletero llevábamos un molde para el marido y fui a dárselo. La anciana tenía el pelo blanco y algunos mechones se le habían apelmazado y quedado de punta. No terminaba de creermelo que durmiera en una cuna y no podía dejar de mirarla. Antes de irnos, mi abuela le dijo alzando la voz: «¡Eva, le hemos devuelto a Walter tu molde para el pastel de fideos! Nada que ver con el que hiciste tú; ¡no tenía pan de centeno integral, así que usé blanco!». Las palabras de los adultos rara vez tenían sentido para mí. Pero Eva lo entendió y nos dedicó una débil sonrisa con los ojos azules fijos en nosotras a través de los barrotes.

«Vaya, he conseguido que sonría», alardeó mi abuela. Walter nos acompañó hasta el coche y se quedó allí parado mientras nos alejábamos; un hombre fornido con un peto y una camisa bien planchada. Nos dijo adiós rozándose la sien con dos dedos y luego nos apuntó con ellos. Le devolví el saludo de la misma forma.

Pero la mayoría de las veces me quedaba en su casa sin hacer nada y deambulaba por las habitaciones, cogía cosas y luego volvía a dejarlas donde estaban. Allí había tesoros inimaginables, antiguallas que no se sabía para qué servían, muebles preciosos de patas largas y delgadas, y objetos con nombres exóticos que ya nadie recuerda. Chifonieres y cómodas, antimacasares y consolas. En las paredes no quedaba ni un centímetro libre, y en el suelo casi tampoco. El único espacio despejado era el centro de las habitaciones, donde había una zona más o menos vacía destinada a ser habitada. Frascos de botones de todos los tipos imaginables, hechos a mano, de hueso, pequeños de color rosa y blanco («Son para ropa de bebé», me había dicho mi abuela), grandes de color negro. Me resultaban infinitamente fascinantes, con todos sus colores y texturas, ese *churrr* tan placentero que emitían al derramarse del

frasco sobre una mesa. No sabía qué hacer con ellos; parecían perfectos para algún juego en el que hiciera falta un montón de botones. Pero después nunca se me ocurría a qué jugar con ellos, así que los volvía a meter en el frasco, devolvía el frasco a la mesa, el estante o el armario del que había salido, y a otra cosa mariposa. El cajoncito de un pequeño tocador contenía unas herramientas largas y delgadas con el mango tallado, había muchísimas, unidas por una goma. «Son abotonadores —me había dicho mi abuela—, de cuando los zapatos tenían botones». No sabía de qué me hablaba, volví a guardarlos en su cajoncito y lo cerré. Sobre casi todas las superficies había un jarrón antiguo con un ramo de flores, dispuesto en medio de un tapete almidonado. Flores hermosas y exóticas, todas de plástico, cubiertas de una gruesa capa de polvo. «Las tiran, como si no costaran dinero», explicaba mi abuela.

En aquella casa pasé días larguísimos aburriéndome como una auténtica mona, abriendo el frigorífico y mirando dentro cuarenta veces en una tarde. Mantequilla, leche, boles con montoncitos de comida visible a través del film transparente. Había cosas de comer que hacían que fueras al baño, cosas de beber que hacían que fueras al baño y después algunas cosas que hacían que *no pudieras* ir al baño. Absolutamente nada dulce. La abuela hacía una hornada de galletas antes de que yo llegara y las metía en un tarro de galletas con forma de cocinero gordo. Yo me comía todas las galletas la primera mañana y después me pasaba el resto de la semana buscando algo dulce. Me acordaba de las galletas —de mantequilla de cacahuete con pedazos de cacahuete, o de pepitas de chocolate con avena — con una especie de nostalgia rayana en la histeria. ¿Cómo había sido capaz de comérmelas todas la primera mañana? ¿En qué estaría pensando?

Comía terrones de azúcar directamente del azucarero, uno cada hora más o menos. Estaban *demasiado* dulces, y cada vez que me comía uno me juraba que sería el último. Pero pasaba otra hora y allí estaba yo, deslizándome en calcetines hasta la cocina y levantando la tapa de plástico del azucarero para coger otro.

A veces saltaba con ímpetu encima de las camas, dos camas individuales que había en la habitación donde yo dormía. Tiraba todos los cojines bordados al suelo con llaves de kung-fu y después saltaba, saltaba y volvía a saltar, cantando una cancioncita de las de la comba: *Chickachicka China, sentado en una cerca, trató de ganar un dólar con cincuenta y nueve centavos*, hasta que me quedaba sin aliento y tenía que dejarme caer de espaldas y esperar a que el ventilador giratorio soplara en mi dirección.

Ay, el ventilador giratorio.

El maravilloso ventilador giratorio, algo que se movía por sí solo durante las larguísimas tardes en aquella casa muerta. Colocaba el ventilador sobre un taburete en el dormitorio largo y estrecho. El juego consistía en tirarle clínex y luego recoger los pedazos triturados. Cuando terminaba una de esas tardes majaderas, tenía una caja de clínex vacía y una papelera llena de suave confeti rosa. Nadie me preguntó nunca qué pasaba con los clínex cuando yo iba de visita, pero un día mi abuela me regaló una caja de puros pintada de blanco, esta vez llena de pañuelos cuidadosamente doblados y planchados. De todos los tipos imaginables: con flores, bordados, con terriers escoceses, con los bordes de encaje; la colección completa.

La abuela y Ralph comían terriblemente mal, mezclaban cosas que se supone que no deben mezclarse. Puré de patatas con maíz, pedazos de pan blanco con salsa de carne por encima y guisantes y zanahorias, todo en el mismo

plato. Con el extremo de un paño de cocina metido en el cuello de la camisa, Ralph sostenía en sus enormes garras un tenedor y una cuchara. Cogía algo con la cuchara, por ejemplo un buen montón de patatas, y abría la boca todo lo que podía, como un pajarito en el nido al que dieran un gusano masticado. Tenía unos pliegues profundos a ambos lados de la boca, y cuando masticaba, la salsa le chorreaba por los surcos formando riachuelos, aterrizaba en el paño de cocina y allí se quedaba. Aquello era un espectáculo alucinante y horrible. Yo tenía el estómago delicado y, a veces, sentada frente a él —con la mirada cuidadosamente desviada, fija en el guante de cocina de Aunt Jemima que colgaba de un gancho, o en el mango de la tapa de una sartén fabricado con un tornillo y un bloque de madera—, el mero hecho de oírlo comer me daba arcadas. Solía levantarme de la mesa y dar vueltas por la cocina cada pocos minutos, respirando profundamente por la nariz, para no vomitar. Luego volvía a sentarme, cogía dos guisantes con la cuchara y me los metía en la boca. Un día mi abuela me dijo: «Cómete el pollo, ¿a qué esperas? Y no le quites la piel, es la mejor parte». Intentaban conseguir que comiera algo con *piel*. En mi casa, nadie se habría atrevido a pronunciar la palabra *piel* hablando de comida.

Mientras mi abuela hacía la cena, me enviaba a la despensa a buscar conservas caseras. Cuando le subía los frascos, ella los abría y olía el contenido con mucho cuidado; a veces me pedía que le llevara el frasco a Ralph, que estaba fuera, para que él lo oliera. Ralph siempre decía lo mismo: «Dile que a *esto* no le pasa nada. —O berreaba en dirección a la casa mientras yo volvía a entrar—: ¡Mamá, si lo cocinas más rato estará perfectamente!».

Una vez mi abuela me sirvió frambuesas rojas en conserva; las puso en un bol de plástico y les echó crema por encima. Cuando hundí la cuchara, noté que había

cositas negras flotando alrededor. «Abuela, tienen bichos», le dije. Ella se acercó y miró el bol echando la cabeza hacia atrás para ver por debajo de las gafas. «Están muertos — me dijo—, apártalos a un lado; las frambuesas están bien». Y eso hice, y las frambuesas *estaban* bien.

Por la noche veíamos un programa en la televisión y luego teníamos que irnos a la cama, aunque todavía hubiera un poco de luz fuera. Ellos se iban a su habitación y mi abuela salía en camisón y sin la dentadura para arroparme. Yo estaba tiesa como una tabla debajo de la colcha y allí llegaba ella, sin su ropa de siempre, con los brazos y los pies desnudos y la boca plegada hacia dentro. «Buenas noches, Jo, tesoro mío», ceceaba; luego me daba una palmadita en el hombro y apagaba la luz. Y allí me quedaba yo, mientras ellos roncaban como si no hubiera un mañana en la habitación que había en el otro extremo del pasillo. Recorría de puntillas todo mi dormitorio, miraba un rato por la ventana, veía el cielo oscurecerse, las estrellas salir. Abría sin hacer ruido todos los cajones de todas las cómodas de la habitación, sacaba cosas, las examinaba, volvía a guardarlas. No me atrevía a saltar encima de la cama, aunque a veces me repetía: «Chickachicka China», por puro aburrimiento. Intentaba contar ovejas como en los dibujos animados, pero no podía concentrarme, por mucho que lo intentara no conseguía imaginarme cómo eran las ovejas. Lo sabía pero no lo sabía, igual que no era capaz de recordar la cara de mis padres y mis hermanos, a los que llevaba tanto tiempo sin ver. Estaba completamente despierta, contemplando la inmensa Vía Láctea mientras los adultos roncaban sin parar y la luna salía y luego se quedaba quieta.

Lo raro es que siempre era yo la que pedía ir allí. No recuerdo que la abuela y Ralph me invitaran jamás, ni que mis padres lo sugirieran. Era yo. A distancia, la idea de su

casa me resultaba mágica, todos aquellos rincones y recovecos, todos aquellos objetos con los que jugar: los frascos de botones, la consola con su cajoncito lleno de canicas, los arreglos florales, el ventilador giratorio. Así que cada mes de julio me dejaban allí un domingo y me recogían al domingo siguiente. El martes ya estaba contando las horas para irme, sentada en el balancín del patio trasero, mirando fijamente la figurita decorativa del jinete negro, el camino de losetas que llevaba al jardín y el bebedero para pájaros roto y encharcado de agua enmohecida y pestilente. En el patio había tantas cosas como en la casa, con la única diferencia de que las cosas del patio estaban sucias, llenas de tierra y agua de lluvia.

La última vez que fui, mis padres se marcharon un domingo por la tarde mientras yo les decía adiós con la mano, plantada en el camino de grava, ya arrepintiéndome de haber ido. Mi abuela nos dio de comer, la cena fue el calvario habitual de riachuelos de salsa y comida podrida, y luego pusieron *Bonanza*. Me tumbé en el suelo del salón, en el espacio despejado del centro; la abuela y Ralph estaban cada uno en un extremo del sofá. Ella tejía una manta y él afilaba un montón de tijeras.

Estábamos viendo mi serie favorita. El caballo del padre, Ben, era de color arena; el de Hoss, negro, y el de Little Joe era un poni pinto. Tenían a Hop Sing de criado, en vez de una madre. En casa, mi hermano pequeño estaría tarareando «Tan tararán tararán tan tararán tan tan, Bonanza» durante toda la emisión, y todos le estarían diciendo que se callara. Mi madre estaría fumando y bebiendo cerveza directamente de la botella, mi padre se habría quitado los calcetines y estaría estirando los dedos de los pies, bebiendo cerveza en un vaso. Mi hermana estaría intentando hacer los deberes en la mesa del comedor.

Y ahí estaba yo con la abuela y Ralph, trasnochando una hora más que el resto de la semana, que ya duraba un siglo. Little Joe se enamora de una maestra que pasa cerca de La Ponderosa en una calesa. Le da un beso largo que se eterniza en el silencio del salón. Ni el más mínimo sonido a mi espalda, en el sofá. Nadie se mueve mientras se alarga el beso. Es horrible. Miro a mi alrededor, las fotos que cubren cada centímetro de la pared, mis tías, mis tíos y sus familias, proverbios de otra época enmarcados, placas con chistes de retretes, un par de patos de cerámica levantando el vuelo con el pico y las patas naranjas, y así sucesivamente. Hay un montonazo de cosas que mirar. El salero y el pimentero en forma de gallina que picotea, el burro con una planta muerta saliéndole del lomo, las pilas de revistas viejas debajo de las mesas y encima de las sillas. En el suelo hay tres tapetes cuyas esquinas convergen en un bulto debajo de mi espalda. Son alfombras hechas con retales, una de ellas con envoltorios de pan. Hoss Cartwright salva a la maestra cuando su caballo se desboca y ahora ella se enamora de él. Little Joe intenta partirle la cara a Hoss. A mi espalda, las agujas de tejer de mi abuela entrechocan con un clic triste y vacío, la respiración de Ralph se oye por encima del roce de las tijeras sobre la piedra. En el tenue círculo de luz en el que estoy tumbada, con la cabeza apoyada en un cojín de los Razorbacks, el equipo de fútbol de la Universidad de Arkansas, me siento completamente ajena a ellos por el simple hecho de que en siete días mis padres vendrán a rescatarme, me sacarán de este terrible y solitario lugar y me llevarán de vuelta a la ruidosa casa de la que vengo.

Entonces se me ocurre que la abuela y Ralph no tienen nada, ni siquiera les gusta tanto *Bonanza*, solo lo han puesto porque mi madre les ha dicho que me dejen verlo. No hay nada con lo que disfruten en esos días largos y

vacíos, llenos de ancianas acurrucadas y ovejas sucias. Ni siquiera beben refrescos.

Estoy llorando en el suelo, las lágrimas me caen por los lados y aterrizan con frialdad en mis oídos o en el cojín de terciopelo. De repente, no puedo soportar la triste luz azul de la televisión, que hace que los contornos de la habitación parezcan más oscuros. En una lata de café forrada con papel adhesivo hay unas flores rojas, blancas y azules del 4 de julio, robadas a un muerto. De repente, deseo que mi abuela esté muerta para que no tenga que tejer más esa manta. El resto del año, cuando estoy en casa y juego con mis amigos, mi abuela está aquí, dale que dale con las agujas, y la dentadura, en un recipiente de plástico en el baño. Mis oídos se han transformado en piscinas y de repente me siento atrapada en el circulito de luz del centro de la habitación. Soy una Eva diminuta que mira a Little Joe Cartwright a través de los barrotes de su cuna, soy un mono amarrado en una cápsula espacial y lanzado a los confines de la galaxia, ingrávido, que atraviesa la Vía Láctea a toda velocidad con los pies en alto. Solo, solo, solo. Contra mi voluntad, se me escapa un sollozo. Me doy la vuelta y lloro con la cabeza metida en el cojín de Arkansas echando a perder el terciopelo. De repente, la mano de mi abuela me acaricia el pelo, ha soltado las agujas de tejer.

Sigue una conversación telefónica y algunos comentarios en voz baja de la abuela a Ralph, y de Ralph a la persona que hay al otro lado del teléfono. Tengo la nariz hundida en la almohada y todavía estoy llorando, o lo intento. De repente quiero saber lo que está pasando, pero no tengo valor para incorporarme. Recogen mi ropa, apagan la televisión, me llevan fuera y me colocan en el asiento de atrás de su enorme coche amarillo. En la luneta trasera hay un perro al que se le mueve la cabeza arriba y abajo, con el

que suelo trastear. Ni siquiera me molesto en mirarlo; me limito a contemplar el cielo nocturno a través del cristal.

Después de conducir una media hora, nos paramos en el arcén y esperamos. Ya no soy ingrávida, sino insoportablemente pesada, y estoy exhausta. Mi padre frena haciendo crujir la grava, oigo unas palabras a través de las ventanillas bajadas, unas risitas ahogadas, y luego me colocan en el asiento de delante, entre mis padres. Nos ponemos en marcha, y en el camino a casa, la galaxia retrocede, las estrellas vuelven a su posición y el cielo se despliega sobre nuestras cabezas, negro y familiar.

Han decidido no atosigarme con preguntas.

—¿Qué ha pasado, cariño? —me pregunta mi madre una sola vez, dulcemente.

—*Bonanza* me ha puesto triste —respondo.

Primas

Una escena: dos hermanas pescan juntas en un bote de fondo plano en un lago verde oliva. Están despatarradas como hombres, se dan la espalda, beben café de un termo de metal, fuman muy concentradas. Sin el pintalabios que suelen llevar, parecen extrañamente agotadas, pasivas, como si fueran pálidas réplicas de sus yoes reales. Las dos tienen unas ligeras náuseas matutinas, pero ninguna se lo cuenta a la otra. En lugar de eso, cada una observa su corcho mientras comentan si son mejores los gusanos o los foxinos.

Mi prima y yo flotamos en océanos salinos separados. Yo soy del tamaño de una gamba de cóctel y ella es del tamaño del pulgar de un hombre. Mi madre es la de la izquierda, lleva unos pantalones holgados de tela de gabardina y una camisa masculina. La madre de mi prima lleva unos bombachos azules y una blusa de algodón estampada con unos *cowboys* salvajes amarrando cabestros. Hablan fuerte, como de costumbre, pero todavía no podemos oírlas.

Son las cinco de la mañana. Un pato se levanta, sacude el plumaje y echa un vistazo por encima de la hierba quieta de la ribera. De repente, la piel del lago se estremece y un pez salta con decisión en el aire para volver a caer con un discreto chapoteo. Las olitas se desplazan por la superficie como ondas de radio. El sol se eleva y se pone a trabajar,

extiende una alfombra reluciente sobre el agua, seca las gotas de rocío de los juncos, achicharra los cráneos de nuestras madres. Una se pone gafas de sol; la otra, una gorra de pescador a cuadros con una gran visera.

En las frías y oscuras profundidades, un pez largo con la cola deshilachada descubre algo interesante. Dibuja un círculo y da cuenta de su desayuno antes de convertirse en el desayuno de ellas. En cuanto pasa del agua al aire, se retuerce con violencia, despidiendo un chorro de agua fría, chispas de luz verde. Mi tía recoge el sedal victoriosa y le dedica a su hermana una cariñosa sonrisa que deja a la vista sus grandes dientes.

—Joder, cómo te las gastas —dice mi madre con admiración.

Son las nueve de la noche de un sábado, en el cielo negro centellean cabecitas de alfileres; hay árboles viejos tumbados en la carretera. En el campo oscuro de detrás, el maíz coge fuerzas, crece un par de centímetros en el silencio y luego se para a descansar. Junto a la carretera, parapetado por la vegetación, permanece apostado un ciervo de orejas recias y ojos seductores, dispuesto a salir de entre bambalinas de un brinco en dirección al próximo haz de luz en movimiento. El asfalto suspira de impaciencia.

El coche es un Firebird descapotable último modelo, con carrocería y tapicería negras, y un radiocasete que difunde desesperación, Fleetwood Mac. Mi prima es igual que yo, salvo porque tiene el pelo de esparto y la mandíbula de un ángel. Ella conduce y yo voy de copiloto hablándole a su perfil. La historia que le estoy contando va sobre todo de cosas que le he dicho a la gente cuando ellos me han dicho esto o lo otro. Mi prima es capaz de cantar y escuchar al